LA RIBERA DEL TAJO.

ALBUM DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Este Album se publica los días 1, 8, 16 y 24 de cada mes.—El precio de suscripción es por un mes 6 rs., tres 16 y seis 30 tanto en Toledo como fuera, remitiendo su importe en sellos de franqueo ó libranza de fácil cobro á D. Juan Bueno, calle de Belen, núm. 19.

Los señores suscritores que gusten remitir trabajos para su inserción, pueden hacerlo, siempre que estén firmados, y no sean ajenos al objeto de esta publicación, dirigiéndose á la redacción, calle Real, núm. 34.

Sección científica.

LOS COMUNEROS.

I.

A la muerte del gran rey D. Fernando V, el Católico, ocupó el trono de Castilla, Carlos de Gante, jóven de diez y seis años, hijo de Felipe el Hermoso y de Doña Juana, llamada vulgarmente *la loca*.

Entregado completamente á los caprichos de su ayo Xebres, y á la disipación de la corte de flamencos que le rodeaba, pagó con la mas negra ingratitud los eminentes servicios, que antes de su llegada á España le prestára el ilustre Cardenal Jimenez de Cisneros; injusto proceder que contribuyó sobremanera á abreviar la vida de tan grande hombre.

A la noticia de este fallecimiento, empezó á sentirse de nuevo el descontento manifestado á la elección del monarca, y los nobles, los sacerdotes y el pueblo, vieron con desagrado la antigua corona de los godos ornando la frente de un manco, que dado al lujo y al despilfarro mas completo, despreciaba á unos, prostergaba á otros, y abrumaba á todos con impuestos onerosos, que en grandes sumas eran trasportados á Flándes.

En este tiempo y con objeto de exigir un nuevo tributo, hizo reunir córtes en Santiago, continuándolas despues en la Coruña, con grave disgusto de la Nación.

Las ciudades mandaron á ellas sus representantes, con órdenes de negar la concesión de aquella carga; pero sobornados algunos por los palaciegos y á pesar de la resistencia de otros, el subsidio fué votado, y D. Carlos, en quien habia recaído poco antes el Imperio de Alemania, marchó á encargarse de su nueva dignidad, dejando al Cardenal Adriano al frente del Gobierno.

Con la partida del Monarca y éste nombra-

miento, la agitación fué creciendo sobremanera; la vuelta de los Diputados, acabó de avivar el fuego de la discordia, y bien pronto, reunidas en sus capítulos las ciudades, el grito de independencia resuena en todos los lábios, y á su acento late henchido de santo patriotismo el hidalgo corazón del pueblo castellano.

Juan de Padilla, alza en Toledo el estandarte de la libertad, y bajo su sombra, se cobijan en un solo día veinte mil hombres, salidos en su mayor parte de los talleres; pacíficos artesanos que á la voz del honor y de la patria, corren, abandonando sus faenas, á ceñir la espada y empuñar la pica en defensa de sus hollados fueros. ¡Heróica acción, que forma una de las páginas mas brillantes de la historia de la antigua corte de los Rodrigos y de los Alfonsos!

Tan justo proceder no tardó en tener imitadores. Juan Brabo, en Segovia, Don Antonio de Acuña en Zamora, Juan Zapata y Castillo en Madrid, y Don Diego de Osorio, en Búrgos, dieron el grito de guerra.

La voz de *Santiago y libertad* inundó los confines de la Iberia, la cruz morada de los comuneros, insignia adoptada por los toledanos, se ostentó en millares de pechos, y los arneses, picas y arcabuces, brillaron por doquiera.

El Gobernador y el Consejo, al ver la actitud hostil de las ciudades, tratan de atajar aquel mal naciente, y desestimando las medidas pacíficas, únicas que en aquellas circunstancias podian haber dado resultados benéficos, mandaron á Don Rodrigo del Ronquillo, Alcalde de casa y corte, con mil lanzas, á reducir á los segovianos, quienes saliéndole al encuentro, capitaneados por el Obispo de Acuña, y reforzados con soldados de Toledo, le derrotaron en Santa María de Niebla, haciéndole huir hasta Arévalo.

Salamanca, Leon, Cuenca, Avila, Murcia y Guadalajara, se incorporan al movimiento.

Ronquillo, auxiliado de Fonseca y repuesto del anterior descalabro, cae con ochocientas lan-